

S.M. / R. 8

EL BUEN AMIGO

Periódico para la enseñanza de niños y adultos.

Sale cada 15 días

REDACTADO POR JUAN BENEJAM
ISLAS BALEARES. — CIUDADELA.

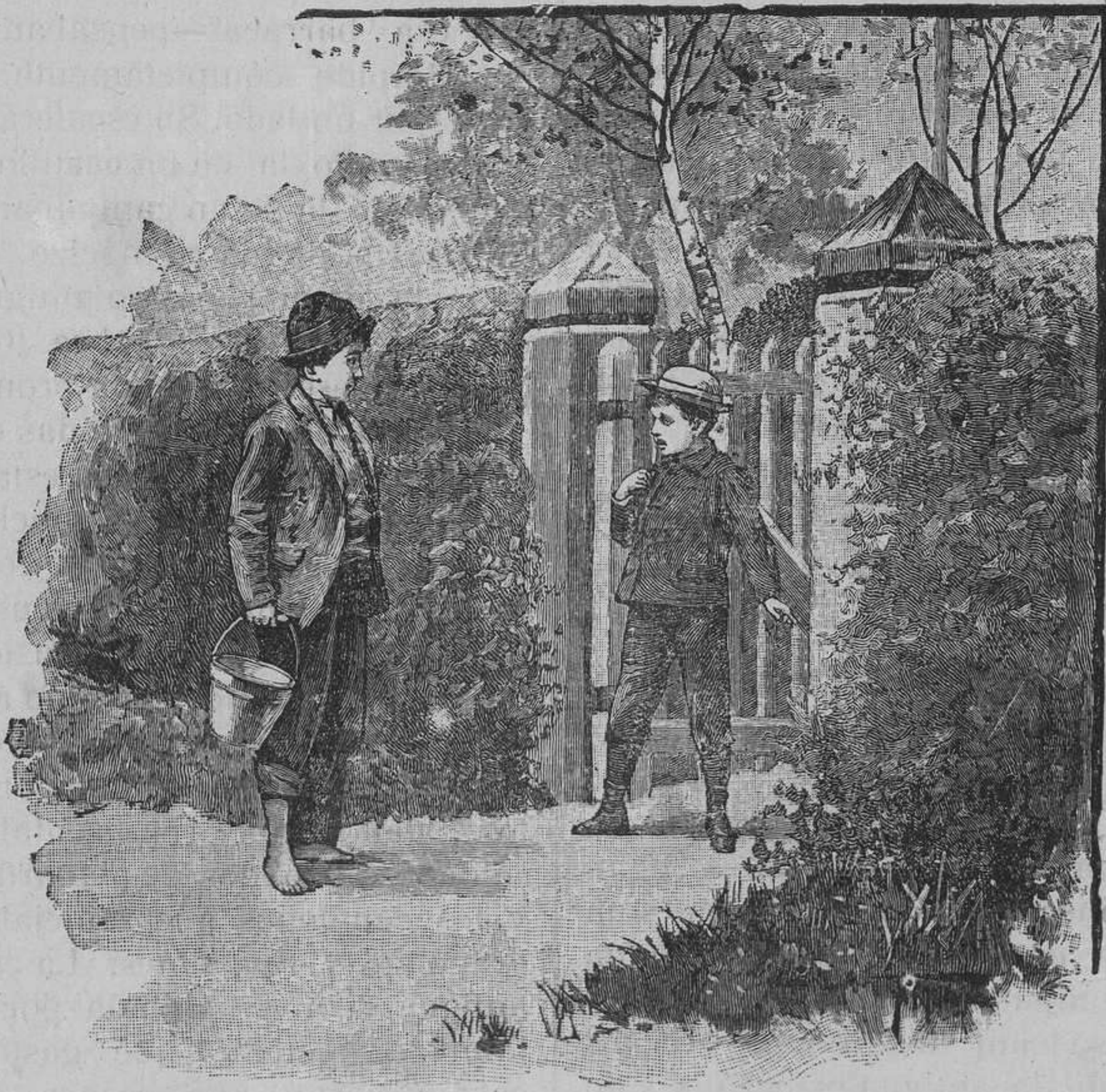
Precio 2 ptas. al año

Año V.

Ciudadela 15 de Julio de 1904.

Núm. 14.

Demos á los niños y demás personas de sencilla inteligencia lecturas sanas, útiles y de fácil asimilación y resolveremos en parte el difícil problema de la educación popular.



UN NIÑO VANIDOSO

En vista del grabado



ENRIQUE es un muchacho muy quisquilloso y henchido de fatuidad. Estando un día junto á la verja de una quinta donde había ido á pasar algunos días, se le acercó un muchacho del pueblo inmediato con un cubo en la mano y con ánimo de entrar en la quinta para llevar el cubo de agua. El muchacho iba muy confiado; mas Enrique se empeñó en que se quitara el sombrero y le pidiese permiso para entrar, pero no acostumbrado aquél á significar muestras de respeto á los chicos de su edad, se quedó parado, y después, despreciando la altivez de Enrique, le volvió la espalda y se fué á llenar el cubo á otra parte.

HISTORIAS Y CUENTOS

LA CASA ANTIGUA

(CUENTO DE ANDERSEN)

¡Qué casa más antigua! Tenía cerca de trescientos años según la inscripción grabada en una viga, en medio de una guirnalda de tulipanes. Encima de la puerta se leían unos versos escritos según la antigua ortografía y en la parte superior de cada ventana, habían figuras esculpidas que hacían muecas espantosas. Un piso se adelantaba sobre el

otro, y por el alero corría una canal de piedra terminada por una cabeza de dragón. La lluvia debía caer á la calle por aquella boca, pero caía por el vientre, pues la canal tenía un agujero en medio.

Las demás casas de la calle eran nuevas y limpias, adornadas con grandes ventanas y con las paredes blancas. Parecían despreciar á la vieja vecina.

—¿Cuánto permanecerá todavía esa barraca?—pensaban;—nos impide completamente la vista por un lado. Su escalera es ancha como la de un castillo, y alta como la de un campanario. La puerta, de hierro macizo, semeja la de un sepulcro antiguo, con sus botones de cobre. ¿Qué género es ese? ¡Vaya una broma!

En una de aquellas lindas casas, enfrente de la antigua, estaba sentado en el balcón un muchachito de mejillas frescas y coloradas y brillantes ojos. Le gustaba mucho aquella vieja mansión, tanto á la luz del sol como á la de la luna. Se entretenía en copiar las cabezas gesticuladoras, los calados que representaban soldados armados de alabardas, y los canalones que semejaban dragones y serpientes. La casa antigua estaba habitada por un hombre anciano, que gastaba calzón corto, una casaca con gruesos botones de cobre y una majestuosa peluca. No veía á nadie, exceptuando á un viejo criado que todas las mañanas iba

á hacer la limpieza é ir á la compra. Algunas veces se asomaba á la ventana, y entonces el niño le hacía con la cabeza un saludo amistoso, nuestro hombre contestaba, y llegaron á ser amigos sin haber hablado nunca.

Los padres del jovencito decían con frecuencia: «Ese anciano de ahí enfrente parece estar á sus anchas; pero es una desgracia el estar siempre solo».

Por cuyo motivo el niño, un domingo, después de haber envuelto algo en un papel; bajó á la calle, y dijo al viejo criado:

—Oye, si quieres llevarle esto al caballero de enfrente, me darás un gran placer. Tengo dos soldados de plomo, y le regalo uno para que no esté siempre solo.

El viejo servidor desempeñó gozoso la comisión, y llevó el soldado de plomo á la casa antigua. Más tarde, el muchachito, invitado á hacerle una visita al anciano, corrió allá, con permiso de sus padres.

En el interior, reinaba por todas partes el aseo; el corredor estaba adornado de retratos antiguos de caballeros con sus armaduras, y de damas con vestidos de seda. Al extremo de este corredor se abría un gran balcón, poco sólido, es cierto; pero atestado de plantas y de vetusto jarrones de flores.

Después el mozalbete llegó á la sala en donde estaba el anciano.

—Gracias por el soldado de plomo, amiguito,—dijo,—y gracias por tu visita.

—Me habian dicho,—respondió el niño, que estabas siempre solo; te he enviado uno de mis soldados de plomo para que te hiciese compañía.

—¡Oh!—repuso el anciano, sonriendo.—No estoy completamente solo; vienen á visitarme mis pasados recuerdos, y ahora vienes tú también; no soy digno de compasión.

Después tomó de un vasar un libro de imágenes, donde se veían magníficas procesiones, raras carrozas, como no existen ya, y soldados que llevaban el uniforme de sota de espadas. Se veía también corporaciones con sus estandartes; la de los zapateros estaba rematada por un águila, sin zapatos; es cierto, pero con dos cabezas. Los zapateros tienen predilección por todo lo doble, para formar par.

Y mientras el niño miraba las imágenes el anciano entró en la habitación contigua á traer dulces, manzanas y avellanas.

—Jamás podré soportar esta existencia—dijo el soldado de plomo, de pie sobre un banco.—¡Qué triste es todo! ¡Qué solitario! ¡Qué desgracia encontrarse uno en semejante sitio cuando se ha habituado á la vida de familia! El día no termina nunca. ¡Qué diferente de la habitación donde tus padres pasan el tiempo tan agradablemente, y donde tú y

tus hermanos haciais tan encantador estrépito! Este viejo, en su soledad, jamás recibe caricias; no se sabe reír, y sin duda se pasa también sin árbol de Navidad. Esta casa parece una tumba..... ¡Jamás podré soportar semejante existencia!

—No te lamentes tanto,—respondió el muchachito,—yo estoy aquí muy á gusto; y además, ya sabes que recibe la visita de sus viejos recuerdos.

—Es posible; pero no los he visto, no los conozco. ¡Jamás podré permanecer aquí!

El anciano volvió con semblante risueño, trayendo confituras, manzanas y avellanas, y el niño no pensó más en el soldado de plomo.

Después de haber merendado ricamente, volvió á su casa feliz y contento; y no dejó de hacer un amistoso saludo á su amigo cada vez que lo veía á la ventana.

Al cabo de algún tiempo hizo una nueva visita al anciano.

—¡Yo no puedo más!—dijo el soldado de plomo; he llorado plomo; se está aquí demasiado triste. Mejor quisiera ir á la guerra á riesgo de perder brazos y piernas. Eso, al menos, sería variante. ¡Ya no puedo más! Ya se lo que son esas visitas de los viejos recuerdos; los míos han venido á verme, pero sin causarme el menor placer. Te veía en la casa de enfrente como si estuvieses aquí. Asistía á la oración

de la mañana, á vuestras lecciones de música y me creía en medio de los otros juguetes. ¡Ay de mí! ¡No eran sino mis viejos recuerdos! Dime al menos como está tu hermanita Maria. Dame también noticias de mi camarada, el otro soldado de plomo; él ha tenido más suerte que yo. ¡Yo no puedo más..... no puedo más!

—No me pertenesces ya,—respondió el niño,—y no volveré á tomar lo que he dado. Conténtate pues, con tu suerte.

El anciano le trajo estampas á su amiguito y una baraja antigua de cartas enormes y doradas, para que se entretuviese. Después abrió su clavicordio, tocó un minué y cantó una vieja canción.

—¡Al arma! ¡Al arma!—gritó el soldado de plomo.

Y se arrojó al suelo.

El anciano y el niño quisieron recogerlo; pero aun cuando le buscaron minuciosamente, no pudieron encontrarlo: El soldado de plomo había caído en una hendidura.

Un mes más tarde, era invierno, el niño echaba el aliento sobre los cristales para fundir la escarcha y hacerse una pequeña mirilla. Por este medio podía ver la antigua casa de enfrente. La nieve cubría enteramente la escalera, todas las inscripciones y todas las esculturas. No se veía á nadie allí, y en efecto, no había nadie; el anciano había muerto.

Aquella misma tarde, un coche se detuvo á la puerta para reci-

bir el cuerpo, que había de ser enterrado en el campo. Nadie seguía aquel coche; los amigos del anciano habían muerto también. Sólo el niño envió un beso con los dedos, cuando el féretro echó á andar.

Algunos días después, la casa antigua fué puesta en venta, y el niño, por la mirilla, vió sacar los retratos de los caballeros y de las damas, los jarrones de flores, los muebles de encina y el antiguo clavicordio.

A la siguiente primavera fué derribada la casa.

--¡Eso no es más que una barraca!--decía todo el mundo.

Y en algunas horas no se vió más que un montón de escombros.

--¡Por fin!--dijeron las casas vecinas, pavoneándose.

Años después, sobre el solar de la antigua casa, se elevaba otra nueva y magnífica, con un jardincito rodeado de una verja de hierro; estaba habitada por un conocido nuestro, el niño amigo del anciano. El niño había crecido; se había casado: y en el jardín, estaba contemplando su mujercita que plantaba una flor.

De pronto la esposa retiró la mano, lanzando un grito; se había pinchado un dedo con algo puntiagudo.

¿Qué pensáis que era? Pues nada sinó el soldado de plomo, el mismo que el niño había regalado al anciano. Zarandeado de

aquí para allá, confundido con los escombros de la casa antigua, había concluido por hundirse en el suelo.

La joven frotó el soldado, primero con una hoja, luego con su pañuelo. El se sintió despertar de un sueño largo y profundo.

--¡Déjame ver!--dijo su marido riendo.--¡Oh, no, no es él! Pero me recuerda la historia de otro soldado de plomo que me pertenecía cuando yo era niño.

Entonces contó á su mujer la historia de la casa antigua, del anciano y del soldado de plomo que dió al caballero para que le hiciese compañía.

Ella sentía, escuchándole, que sus ojos se llenaban de lágrimas.

--Por qué no podía ser el mismo soldado?--dijo el joven.--En todo caso, quiero conservarlo.

Pero ¿no podías enseñarme la tumba del anciano?

--No,--respondió el marido,-- ignoro donde está, como lo ignora todo el mundo. Todos sus amigos habían muerto antes que él, nadie le acompañó á la última morada, yo no era más que un niño.

--¡Qué cosa más espantosa es la soledad!

--Cosa espantosa, en efecto,--dijo el soldado de plomo;--pero vale más ser solo que verse olvidado.



VIDA INFANTIL

IX

Los que pueden sentir miedo son aquellos que han cometido una mala acción y viven intranquilos. Yo procuraré estar bien en mi conciencia y viviré sin temor.

No faltaré á la ley de Dios, que nos ordena ser buenos con todo el mundo, y cuando alguno intente hacerme daño, yo sabré defenderme sin ser vengativo.

X

Para estar bien con mi conciencia, á cada paso me preguntaré á mi mismo si lo que voy á hacer es bueno ó malo. Si es bueno lo haré; pero si es malo dejaré de hacerlo.

Si por desgracia cometo una falta, procuraré sentirla y confesarla, porque ante todo quiero ser sincero. La mentira y el disimulo son peores que la moneda falsa. Todos debemos ser francos y no engañar á nadie, porque todos nos debemos á la verdad.

XI

Se engaña á si mismo el que intenta aparentar lo que no siente, porque al fin se descubre la hipocresía y el hipócrita es mal visto de todos.

Hay cosas que no pueden decirse aunque sea verdad y entonces mas vale callar. No descubriré las faltas de nadie y sobre todo no hablaré mal de las personas que se hallan ausentes.

XII

Hay niños que se alegran cuando se castigan á los compañeros y ellos se quedan á salvo. Esto es abrigar mal corazón.

Yo no me alegraré con las penas que sufran los demás. Prefiero sentir compasión hasta de los mas culpables, y si puedo evitar su castigo, lo haré de buena gana. Tampoco sentiré envidia si observo que otros se ven mas favorecidos que yo. No quiero envidiar á nadie. Prefiero trabajar para conseguir los bienes que podría envidiar.

XIII

Los orgullosos son unos tontos. Si alguno se enorgullece porque su padre es rico ó porque lleva buenos vestidos ó porque posee muchos juguetes ó porque sabe más que los otros, no conoce su bien.

Más vale ser humilde y modesto, porque nadie aprecia á un niño orgulloso y fátuo y todo el mundo estima á un niño que es humilde y modesto que yo quiero ser simpático á todo el mundo.

Los que tienen infulas merecen que se burlen de ellos.

XIV

Mi empeño será en ser hoy mejor que ayer y mañana mejor que hoy, gozando en hacer bien hasta á los que me quieren mal. Así viviré contento.

También en la escuela deseo adelantar más cada dia porque yo se que la instrucción vale

mucho y que el ser ignorante es una gran desgracia.

Y deseo todo esto porque siento una cosa en el corazón que me dice: Se bueno y se instruido y ganarás el cielo y la tierra.

LA NATURALEZA

EN PRESENCIA DE LOS NIÑOS

EJERCICIOS

Propiedad del aire.

Nosotros nos hallamos sumergidos en el aire, lo mismo que los peces en... (el agua.) No hay nada que esté vacío, pues siempre estará lleno (de qué?) ¿Qué pesa un litro de agua?—¿Y un litro de aire? De manera que el aire pesa...—Sobre la superficie del cuerpo de un hombre gravita una columna de aire (cual es su peso.) ¿Por qué podemos soportar este peso?—¿Qué sucede en las altas regiones de la atmósfera?—Dése una prueba de que el aire es elástico.—En estado de libertad el aire se dilata... Por medio de la comprensión el aire... (se calienta.—El sonido y el aire.—Lo que sucede con el sonido en las alturas.—Como el aire distribuye la luz solar.—Como modera el calor.—Tiene color el aire?—¿Cómo se prueba que el aire no tiene apenas color?—¿Cómo se prueba que tiene un color ligeramente azulado?—El conjunto da el aire que rodea la tierra se llama... Gravedad de las capas inferiores de la atmósfera.—¿Los globos aereostáticos po-

drían elevarse indefinidamente?—¿Por qué no?—El aire no tiene olor ni sabor.—Presión del aire sobre el nivel del mar.—El barómetro.—La respiración en las alturas.

Propiedades del calor.

¿De donde nos viene el calor? ¿Qué le sucede al atravesar la atmósfera?—División de los cuerpos en sólidos, líquidos y fluidos.—Casi todas las materias pueden pasar del primero al segundo y al tercer estado. ¿Por qué medio?—¿Cuáles no pueden transformarse de sólidos á líquidos?—Evaporación del agua por medio (del calor).—El calor no solo obra sobre los cuerpos para hacerlos cambiar de estado, si que también... (como se dilatan los cuerpos y aumentan sus dimensiones).—Los líquidos, también se dilatan?—¿Qué es el frío?—¿El hielo tiene un grado de calor?—Cuerpos buenos conductores y malos conductores del calor.—Probar como el calor tiende siempre al equilibrio.—¿Qué diferencia hay entre el calor y el calórico?—El movimiento produce... (el calor).—El calor decrece á medida que... (nos alejamos de la superficie de la tierra).—¿A cuantos grados de calor empieza la ebullición del agua?—¿Qué es el fuego?—¿Qué necesita para manifestarse.

AUREOLA

En la mañana nardos y rosas
Mueve la brisa primaveral.
Y en los jardines las mariposas
Vuelan y pasan, vienen y van.

Una niñita madrugadora
Va á juntar flores para mamá,
Y es tan hermosa, que hasta la aurora
Vierte sobre ella más claridad.

Tras cada mata de clavellina,
De pensamientos y de arrayán
Gira su traje de muselina.
Su sombrerito, su delantal.

Llena sus manos de lindas flores,
Y cuando en ellas no caben más,
Con su tesoro de mil colores
Vuelve á los brazos de su mamá.

Mientras se aleja, como dos rosas
Sus dos mejillas se ven brillar,
Y la persiguen las mariposas
Que en los jardines vienen y van.

Rafael Obligado.

DE TODO UN POCO

Durante los terremotos ocurre un fenómeno notable en el mar. Todo los buques que se hallan en las cercanías de la región donde se efectúa la sacudida de aquella, aun cuando el agua esté en calma, experimentan el efecto. Se han dado muchos casos de que un buque reciba sacudidas tan violentas, que se hayan roto todos los palos y las cuerdas, causando á los tripulantes igual impresión que si el barco hubiera chocado con un arrecife

En Francia hay una industria muy importantante, la de la fabricación de zuecos. Anualmente se producen mas de cuatro millones de pares, principalmente en Alsacia y en Lorena.

En el primer sitio se fabrican á máquina, y en el segundo á mano. En Lorena hay más de mil setecientas personas dedicadas á su

fabricación y producen por término medio, anualmente, un millón de pares. Algunos zuecos son notabilísimos por la finura de los tallados y dibujos que los adornan.

La primera Biblia ilustrada se publicó en Nuremberg en 1476.

Todas las galerías de una mina de carbón que hay en Nanaino (Colombia inglesa) se extienden debajo del fondo del Océano. El largo total de todas es de 20 kilómetros.

Es una propiedad muy singular de todos los cuerpos animales la de conservarse siempre á igual temperatura. La sangre de un explorador ártico conserva su temperatura normal, aun cuando respira aire que hiela el mercurio, y en la India, donde la temperatura del aire es de 46 á 41° sobre cero, la temperatura de la sangre es muy inferior.

—¿Ve usted esta carne? Pues está pasada.

—¡Imposible! ¡Si parece tan fresca!

—Esiá pasada... sin pagar derechos de consumos.

Un caballero se para á comprar un periódico á un muchacho y le entrega una peseta.

—No tengo suelto, señorito, dice el muchacho. Mañana me dará usted los cinco céntmos.

—¿Y si de aquí á mañana me muero?

—¡Ps! No se perdería gran cosa.

Imprenta y librería de S. Fábregues.